

Javier Salcedo

# Los Montoneros del Centro

Tácticas y estrategias de la  
conducción montonera, 1966-1976

prometeo  
libros

Salcedo, Javier

Los montoneros del centro : tácticas y estrategias de la conducción montonera, 1966-1976 / Javier Salcedo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo 30/10, 2024.

Libro digital, PDF - (Bicentenario)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-6604-07-1

1. Historia Argentina. 2. Montoneros. 3. Organizaciones Armadas. I. Título.

CDD 982.063

Colección Prometeo Bicentenario

Diseño: R&S

Armado: María Victoria Ramírez

Corrección: Florencia Piluso

Diseño de portada: Renato Tarditti

ISBN: 978-987-816-447-2

© De esta edición, Prometeo Libros, 2022

Pringles 521 (C11183AEJ), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11)4862-6794 / Fax: (54-11)4864-3297

editorial@treintadie.com

www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

# Índice

Introducción .....	9
Capítulo 1	
El marco necesario: la Revolución Argentina.....	37
Capítulo 2	
La identidad imprescindible. El Peronismo de John William Cooke.....	61
Capítulo 3	
Del Diálogo católico-marxista a los Camilos, 1965-1967 .....	99
Capítulo 4	
En el camino a Montoneros, 1966-1969 .....	139
Capítulo 5	
Un tiro por elevación: Aramburu, Montoneros y Perón, 1970 .....	171
Capítulo 6	
Perón, de antítesis del sistema a la integración, 1971-1972.....	215
Capítulo 7	
De la primavera camporista al invierno con Perón, 1973 .....	253
Capítulo 8	
La muerte de Perón y su legado: la muerte de Montoneros como proyecto .	301
Capítulo 9	
De la construcción del poder a la desorientación de no poder .....	337
Consideraciones finales .....	371
Bibliografía.....	385



Una aceptación teórica del socialismo, como propuesta liberadora. Estas situaciones: la propuesta de compromiso con el pueblo, que apunta a la organización y los ejemplos de la Revolución Cubana, el Che y Camilo Torres que apuntan a la lucha armada, hacen que respondamos a la realidad junto al pueblo peronista, al que se concibe como única expresión política de los explotados.

Boletín N.º 1, primera quincena de 1973. Montoneros<sup>1</sup>

## Introducción

El 16 de junio de 1955, la ciudadanía inerme de Buenos Aires fue bombardeada por la Aviación Naval y la Fuerza Aérea con el claro propósito de generar terror entre quienes apoyaban al gobierno peronista. Más de 300 personas fueron asesinadas y unas mil fueron heridas. Tres meses después, entre el 16 y el 19 de septiembre, ocurrió el golpe de Estado con la toma del poder por la autodenominada Revolución Libertadora. Los conspiradores argumentaban que se hacían del poder con el fin paradójico de instalar a corto plazo una democracia, pero sin el peronismo que era la expresión de las mayorías políticas argentinas. Esa “democracia” resultó ficticia e imposible de asentar en el país. Es que sus ideólogos no lograron la desperonización de las masas. Estos amplios sectores, sobre todo la clase obrera, seguían siendo obstinadamente peronistas.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Roberto Baschetti (comp.), *Documentos: de la guerrilla peronista al gobierno popular 1970-1973* (La Plata: De la Campana, 1995), 571-574.

<sup>2</sup> Los medios elegidos para superar el problema peronista: el terrorismo anterior al golpe; las purgas en la FF. AA. y de seguridad; la persecución a dirigentes políticos y sindicales; las intervenciones de sindicatos; las quemaduras o destrucción de los símbolos peronistas; las prohibiciones de mencionar a ese gobierno, a sus líderes o símbolos; la censura a docentes y escritores peronistas, no aparecían como ejemplos democráticos a imitar. Paradójicamente, instalaron una nueva materia en los colegios llamada “Educación Democrática”.

La experiencia violenta sufrida en esos episodios, los esfuerzos de orden de la manipulación a través de los medios<sup>3</sup> y la educación escolar, con la intención potencial de la integración de los “cabecitas negras” al elenco electoral de otras fuerzas políticas, serían parte de los elementos que el gobierno de facto emplearía para dar cumplimiento a su entendido mandato redentor de terminar con lo que interpretaban que era la demagogia peroniana. Los fines de la Revolución Libertadora también fueron puestos en la arena con otro hecho destacable de violencia estatal con “fines democráticos”. Los fusilamientos de los complotados para derrocarla del 9 de junio de 1956. No solo por los asesinatos cometidos desde el Estado, justificados en términos de poner fin a los objetivos políticos de la rebelión, sino por sus futuras consecuencias. Es que la manera de resolver ese intento de revuelta cívico-militar, encabezada por el general Juan José Valle, habilitaba un nuevo parámetro en las tradiciones políticas existentes en Argentina en el siglo XX.

Los muertos en manos del Estado ya no eran solo obreros, peones u originarios. Tampoco militares de bajo o mediano escalafón muertos en batallas internas producto de intentos de golpe o de combates domésticos entre las propias Fuerzas Armadas. También era posible asesinar, en un intento de acción ejemplificadora y de disciplinamiento hacia dentro y hacia afuera de las FF. AA., a generales, altos oficiales y ciudadanos. Así ocurrió con los líderes del alzamiento y otros detenidos que se habían entregado pensando que sus vidas, como había sucedido en sediciones anteriores contra el orden constitucional peronista, serían respetadas. Este ingrediente novedoso, no ocurría desde las guerras civiles del siglo XIX y habilitaba, como podía preverse, futuras revanchas que el mismo Perón, ante levantamientos contra su gobierno mucho más virulentos y crueles, había procurado evitar.

Este antecedente estaría en las interpretaciones histórico-políticas que llevarían a muchos peronistas a justificar, y hasta festejar, la muerte del general golpista Pedro Eugenio Aramburu, en junio de 1970, uno de los responsables de la sentencia del general Juan José Valle. Los militantes primarios de Montoneros, provenientes en su mayoría del cristianismo radicalizado, irán concatenando estos episodios en la construcción de su propia historia para darse una pertenencia en el peronismo, pero ahora con la impronta de la violencia revolucionaria. Para ellos y ellas, que llegaban de fuera de las

<sup>3</sup> Cf. Federico Poliszuk, “Prensa, hegemonía discursiva y legitimación de la Revolución Libertadora: los fusilamientos de junio de 1956”, Tesina de grado (Caseros: UNTREF, 2006).

tradiciones del Movimiento, se hacían necesarios precedentes históricos y simbólicos que pudiesen asociar las nuevas luchas y objetivos a su nueva identidad política, el peronismo.

Entre 1962 y 1970, surgieron en nuestro país diferentes grupos de militantes revolucionarios que tuvieron una concepción de la práctica política que incluía, o donde primaba, la acción armada. Desde esa concepción intentaron, con diferente profundidad ideológica e identidades políticas disímiles, realizar un cambio en las estructuras del país. Ese cambio implicaba, para los más decididos y definidos, la toma del poder, la destrucción del sistema capitalista y su reemplazo por un sistema socialista. No siempre quedarían claramente delineados esos objetivos, tanto para su militancia de base o para las masas que tuvieron, por un tiempo, cierta identificación de consignas o delegación de representatividad con esos grupos. Lo concreto fue que estas organizaciones optaron por la vía armada como metodología estratégica por considerar, en aquel contexto nacional e internacional, que no había otra manera de lograr los cambios de sistema por los que luchaban. Las Fuerzas Armadas y los sectores de la burguesía monopolista argentina eran vistos, en analogías que a veces los subestimaban, como fuerzas dependientes en la periferia de un centro que estaba en el corazón del imperialismo estadounidense. Al igual que en otras latitudes, el objetivo de guerra revolucionaria o de rebelión popular, guiada por vanguardias revolucionarias, definiría la discusión hegemónica. En la que la contradicción Nación/Pueblo, imperialismo/oligarquía, aparecía como el centro que signaba la lucha para quienes, como los cuadros originales de montoneros, así lo interpretaban.

El presente trabajo intenta definir y contrastar el pensamiento estratégico de los y las militantes superiores en la orgánica de Montoneros, desde el análisis de su producción de documentos, muchos de circulación restringida, confrontándolos con los de carácter público y la práctica político-militar de la Organización. En ese sentido, los ejes del análisis abordan los lineamientos de sus objetivos a largo plazo; las estrategias que definían el proyecto revolucionario que volcaban dosificadamente a la población y a sus frentes de masas, tanto en sus comunicados como en la transmisión oral de la militancia, mediada por los conductores políticos, como en las publicaciones asociadas a la Organización, posteriores a 1972. El trabajo analiza documentos realizados, desde 1966, por quienes se fueron perfilando como los grupos que conformarán inicialmente Montoneros, hasta los meses previos al golpe de estado de 1976, cuando su conformación había

variado. Esos documentos, en los que priman los estratégicos, son verificados con la praxis de la Organización, desde una mirada política sobre su instrumentación. Los cuadros superiores de la orgánica montonera fueron las y los militantes que dirigieron la lucha armada y pretendieron alcanzar una guerra revolucionaria para la toma del poder. Por esto, los análisis que hicieron sobre cada coyuntura política, que podía reconvertir líneas estratégicas en líneas tácticas y viceversa, no pueden ser descartados por su inapelable interrelación con la práctica y la teoría.

Los términos que esgrimieron sobre la metodología estratégica, que planteaban diferentes conceptos, como equiparar guerra revolucionaria con lucha armada, que algunos militantes utilizaron como sinónimos, ameritan algunas aclaraciones sobre su significado. En este trabajo se tomará la definición de Carlos Flaskamp, exmilitante de Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), luego Montonero, que ha señalado lo que él considera como lucha armada, y guerra evolucionaria:

La guerra es una situación global, la lucha armada es un método. Si la lucha armada se convierte en factor dominante que impera sobre todas las esferas de la sociedad, entonces hay una guerra. (...) en la Argentina de los años sesenta aquellos militantes de organizaciones armadas que concebían su experiencia en términos de lucha armada se limitaban a nombrar exactamente lo que estaban haciendo, en tanto que los que hablaban de la guerra revolucionaria realizaban una proyección.<sup>4</sup>

Esta explicación podría sintetizarse en lo concreto de la praxis que alcanzaron, en los objetivos estratégicos buscados. La guerra revolucionaria era un objetivo, pero la praxis, más allá de la voluntad de esta militancia, no logró superar varios episodios de lucha armada, sin alcanzar nunca la guerra total, nacional y prolongada, que por momentos pregonaban. No solo Montoneros tuvo este objetivo estratégico de largo aliento en el camino de la toma del poder, sino también otras organizaciones que no se identificaron con el peronismo y que fueron importantes, tanto en sus acciones militares como en el plano político. La lucha armada fue entonces la metodología primaria de la militancia originaria de Montoneros, lanzada públicamente con lo que definieron como el foco inicial, el secuestro de Aramburu, para alcanzar el objetivo estratégico de la guerra revolucionaria que necesitaba

<sup>4</sup> Carlos Flaskamp, *Organizaciones político militares. Testimonio de la lucha armada en Argentina (1968-1976)* (Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos, 2002), 29-30.

de la creación de un ejército con el pueblo en armas. Una vez en la lucha o con la revolución triunfante, el pueblo se radicalizaría y allí se construiría el estado socialista con características nacionales, que a simple vista puede aparecer como difuso. En este trabajo se intenta definir el contorno concreto de los alcances del objetivo del socialismo nacional para las y los montoneros, que podía diferir sustancialmente con lo que Perón sostenía.

Esta militancia montonera interpretó que la revolución por la cual luchaban en Argentina debía nacer desde una identidad peronista. En el análisis sobre la interpretación de la militancia juvenil que valoraba la experiencia peronista como potencialmente revolucionaria, resultan imposible de sortear episodios de su contracara, los sectores dominantes y las FF. AA., en su intento de resolución de lo que consideraban, coincidentemente con muchos dirigentes revolucionarios, la centralidad del problema político e institucional en la Argentina: El peronismo en sus dos grandes componentes: por un lado, Perón, y por el otro las masas peronistas que diferentes actores políticos buscaban ganarse.

Al bloque de militantes revolucionarios que se afirmó en la identidad peronista, compuesto por varias organizaciones, se lo llamó Tendencia Revolucionaria del Peronismo, o simplemente “La Tendencia”, Izquierda Peronista o incluso Peronismo Revolucionario. La primera, Tendencia Revolucionaria del Peronismo, fue una denominación que apareció por vez primera en cartas de John William Cooke a Perón, en 1962, para autodenominar el sector que aquel decía representar. Incluso lo llamó “Tendencia Cooke”. Un espacio que terminará hegemonizado, pero no homogenizado, por Montoneros, a partir de fines de 1972.<sup>5</sup> Estas denominaciones del espacio revolucionario se definen líneas abajo.

Asumir el análisis del salto dialéctico que pregonaba Cooke suponía que a pesar del propio Perón y el resto de la dirigencia política o sindical peronista: “la burocracia”, el peronismo mutaría, por la acción de las vanguardias impulsando a las masas, en revolucionario y socialista. Estas vanguardias, unificadas en la acción y la teoría en determinado tiempo, deberían contener al proletariado, que sería el que, teóricamente, condujera al conjunto a dar aquel salto cualitativo al socialismo. Era una manera de interpretar el peronismo de forma diferente, como parte de un proceso en desarrollo y no como un modelo en sí mismo que, pese a Perón y a los peronistas clásicos,

<sup>5</sup> Cooke en carta a Perón del 15 de junio de 1962. John W. Cooke, *Correspondencia Perón-Cooke*, Vol. 2 (Buenos Aires: Colihue, 2007), 520.

la dialéctica de la historia llevaría a esa nueva estación, socialista y revolucionaria. Si bien es cierto que Perón los llamó finalmente infiltrados, no es menos cierto que para él lo fueron desde el momento en que no acataron su conducción e intentaron condicionarlo. Mientras hubo coincidencias en algunos objetivos tácticos, fueron “sus” Formaciones Especiales dentro del peronismo. Lo que queda claro, ante la derrota política de estas organizaciones, como se verá en el cuerpo del libro, es que la estrategia vencedora fue la de Perón, mucho antes de la aniquilación física de la mayoría de los integrantes orgánicos de Montoneros.

Para comprender concretamente sobre quienes trata este trabajo, hay que partir de los grupos o la red de los protomontoneros que coincidieron en 1971, en una conducción colegiada, y que fueron descriptos en el trabajo de Lucas Lanusse: El Grupo Fundador, parte los ex Comandos Camilos Torres, liderado en los primeros años por Fernando Abal Medina, vinculados un tiempo al dispositivo político encabezado por Juan García Elorrio donde relucía *Cristianismo y Revolución*; el Grupo de José Sabino Navarro y el de Gustavo Lafleur, todos de Buenos Aires; El Grupo Santa Fe, en sus dos vertientes: El Grupo Reconquista, liderado por Roberto Perdía y el Grupo Ateneo (de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, en la que destacaban entre otros, Fredy Mario Ernst y Marcelo Nívoli); y los grupos de Córdoba. En estos últimos había inicialmente matices, entre los más foquistas, Emilio Maza e Ignacio Vélez Carreras, que se vincularon al grupo de Juan García Elorrio y a los Comandos Camilo Torres. Otro grupo de militantes cordobeses, provenientes de la Democracia Cristiana, con trabajo previo en parroquias y en la universidad, el Movimiento Universitario Cristo Obrero (MUCO), del que pueden nombrarse como sus referentes principales a Luis Rodeiro y Héctor Bruno.<sup>6</sup> Estas y estos militantes que, en su gran mayoría provenían del catolicismo posconciliar radicalizado, inspirados en el Diálogo católico-marxista, han dejado varios documentos escritos entre 1966 y 1970.

A estos grupos, hay que sumar la organización político-militar Descamisados, con similar origen, el sector de la Democracia Cristiana que se identificó con el peronismo y que también formó parte de la Tendencia. Allí serán preponderantes Horacio Mendizábal, Oscar De Gregorio y Norberto Habegger, quienes luego fueron, una vez fusionadas las dos organizaciones a fines de 1971 o principios de 1972, parte de la conducción de Montoneros.

<sup>6</sup> Lucas Lanusse, *Montoneros. El mito de los 12 fundadores* (Buenos Aires: Vergara, 2005), 95-167.

Habegger se destacó, anteriormente, por las descripción de aquel espacio católico radicalizado en su intervención en el libro *Los católicos posconciliares en Argentina*, de enero de 1970.<sup>7</sup> La impronta guerrillera de Habegger puede rastrearse en un trabajo anterior, de 1967, titulado *Camilo Torres, el cura guerrillero*, en el que reivindicaba la elección por la lucha armada del cura colombiano.<sup>8</sup> Además de estos, también se integró entre los cuadros de dirección intermedia de Montoneros una fracción importante de las FAP, liderada por Carlos Caride; mientras lo mismo ocurrió, pero en puestos de mayor relevancia por tratarse de otra fusión, con la militancia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que desde el marxismo y un inicial guevarismo tuvo como su máximo exponente e impulsor del acercamiento al peronismo a Carlos Olmedo, quien murió tempranamente en acción, en 1971. Esta última organización había nacido como parte del Ejército de Liberación Nacional (ELN), con diferentes columnas en Argentina, para sumarse al proyecto continental de Guevara, pero cambiaron su rumbo luego de la muerte del Che, en 1967. Adoptaron la identidad peronista, haciéndola pública en 1970, y finalmente se fusionaron con Montoneros a principios de 1973.<sup>9</sup>

Es en esta militancia estratégica, de distintos niveles de conducción, nacional, regional o local, en sus consensos en la producción de documentos estratégicos, que se trata de encontrar la lógica entre lo estático y lo dinámico de sus pensamientos y objetivos. Este trabajo no sostiene que lo dinámico o lo estático del recorrido histórico de Montoneros son tesis válidas *per se*, sino que convivieron y, por momentos, se intercambiaron, pero estuvieron todo el tiempo. Lo dinámico en las tácticas y lo estático en los objetivos estratégicos, que podrían haberse sostenido permanentemente. Observar si pudo existir flexibilidad para el intercambio entre lo táctico y lo estratégico, al menos por momentos políticos coyunturales en el plazo de tiempo que abarca este trabajo, lleva a plantearse una segunda cuestión. La de conocer cuánto de ese dinamismo necesario tuvieron para poder estar alejados de rigideces estratégicas, tanto en momentos favorables como en los desfavorables.

<sup>7</sup> Cf. Alejandro Mayol, Norberto Habegger y Arturo Armada, *Los Católicos posconciliares en la Argentina* (Buenos Aires: Galerna, 1970).

<sup>8</sup> Cf. Norberto Habegger, *Camilo Torres, el cura guerrillero* (Buenos Aires: Peña Lillo, 1967).

<sup>9</sup> Cf. Mora González Canosa, "Las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Orígenes y desarrollo de una particular conjunción entre marxismo, peronismo y lucha armada (1960-1973)", Tesis doctoral (La Plata: UNLP, 2012).

La gran mayoría de estos militantes estratégicos murieron en combate o víctimas de la represión del terrorismo de estado, y solo pocos sobrevivientes dan testimonios sobre su pasado en el que, además, priman los varones. A veces son las historias de su vida militante y también, en otros trabajos historiográficos, abundan las reconstrucciones basadas en entrevistas a dirigentes.<sup>10</sup> Es por ello que al estudiar las producciones de los documentos, al calor de la práctica político-militar, es posible advertir sus objetivos y anhelos para contrastarlos con los problemas que a veces acarrearán las memorias cuando sigue existiendo cierta exposición pública en las y los entrevistados.

La reconstrucción sobre la puesta en práctica de los planes de esta militancia realizada en este trabajo, puede ser considerada incompleta por varias razones. La primera, porque su alcance temporal transcurre desde los años de 1966 hasta los prolegómenos del golpe cívico-militar de 1976. Es decir que no recorre los últimos años de vida de la organización Montoneros. La otra cuestión es que no siempre la praxis, la puesta en práctica de políticas concretas, en muchas zonas en particular, será mensurada en todas sus líneas. Censurar la práctica de una militancia tan variada sería una presunción generalista. No solo geográficamente hablando, sino también por la existencia de diferencias de estilo entre sus militantes de conducción, en sus relaciones con los frentes de masas o en lo referido a su vinculación con las armas.

En este trabajo se asume no poder dar conclusiones sobre la acción de toda la militancia estratégica, pero sí una profunda aproximación a ella por entender que los productores de los documentos estratégicos, sumados a sus adherentes inmediatos, estaban unidos por concepciones afines para la toma del poder. No obstante, sí se pretende ser concluyente en sus objetivos revolucionarios y cómo pretendían llevarlos adelante. Si pudieron o no concretarlos parcialmente, se irá viendo con los diferentes documentos y en

<sup>10</sup> Cf. Roberto Cirilo Perdía, *Montoneros. El peronismo combatiente en primera persona* (Buenos Aires: Planeta, 2013) y *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero* (Buenos Aires: Ágora, 1997); Gustavo Vaca Narvaja y Fernando Frugoni, *Fernando Vaca Narvaja, con igual ánimo, pensamiento político y biografía autorizada* (Buenos Aires: Colihue, 2002); Santiago Villalba, Jorge Zappino y Luciano Figallo, "Entrevista a Mario Eduardo Firmenich" (Carrera de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Buenos Aires: Inédito, 1992); también las entrevistas realizadas a Firmenich por Felipe Pigna, *Lo pasado pensado* (Buenos Aires: Planeta, 2005); Carlos Flaskamp, *op. cit.*; José Amorín, *Montoneros: La buena historia* (Buenos Aires: Catálogos, 2005); Ignacio Vélez Carreras, "Montoneros, los grupos originarios", *Lucha Armada en la Argentina 2* (2005); los testimonios en los tres tomos de *La Voluntad*; los textos de Ernesto Jauretche; Moisés Levenson; Gonzalo Chaves y Jorge Lewinger, sumados a los testimonios de mujeres en el libro *Mujeres Guerrilleras* de Marta Diana, entre otros.

las distintas coyunturas políticas que los circundaron. El Che Guevara había sostenido: “No hay objetivos tácticos y estratégicos inmutables. A veces, objetivos tácticos alcanzan importancia estratégica y, otras, objetivos estratégicos se convierten en meros elementos tácticos”.<sup>11</sup> Esta manifestación del Che puede considerarse, para aquellos que tomaron su lectura de la historia y de la revolución posible, como indicativa de ciertos elementos metodológicos y hasta teóricos, tenidos en cuenta durante la lucha revolucionaria.

Los cuadros de dirección y de conducción de Montoneros, ¿habrán alcanzado esta flexibilidad que Guevara proponía? Los movimientos tácticos desde la aparición de Montoneros, en 1970, hasta el “Luche y Vuelve” parecen haber sido de la flexibilidad que el Che pregonaba. Está claro, por la derrota, que no lograron aquellos objetivos estratégicos, por más que en algunos momentos, sobre todo en los primeros ocho años de la experiencia, hayan podido, quizás, mutar con éxito sus objetivos estratégicos en tácticos en varias coyunturas; algo de lo que el Che Guevara señalara como la ductilidad necesaria en un norte revolucionario. Se tratará de observar entonces en los cuadros de conducción de Montoneros esa flexibilidad, en qué momento existió y por cuánto tiempo.

El trabajo parte de pensar en la diversidad y no siempre en uniformidades de criterio o estilos entre estas y estos militantes estratégicos. Por eso se torna necesario, en primer lugar, analizar los documentos donde debieron coincidir en sus principales líneas, ya sea en comunicados o reportajes públicos y en los documentos estratégicos internos. En segundo término, no hay que descartar las posibles discusiones internas de aquel momento, casi imposibles de reconstruir, y por ello se consideran los consensos concretos o las imposiciones de mayorías de una conducción centralizada numerosa que generaron los documentos que se analizan. Estos expresan lecturas analíticas de las coyunturas que atravesaban, una especie de fotografía, y planes estratégicos, un tipo de película a futuro, plagada de voluntad; decisión y una perseverancia que terminó, aparentemente, en caminos imposibles de transitar. La realidad puede ir por senderos diferentes al que los contenidos de los documentos pretendían encausar, y he allí un serio problema.

A partir de estos problemas del trabajo historiográfico, surgen algunas preguntas sobre la bibliografía existente, ¿es viable discutir como tesis está-

<sup>11</sup> Ernesto Guevara, “Táctica y Estrategia de la Revolución Latinoamericana”, *Revista Verde Olivo* (6 de octubre de 1968). Paco Taibo II da como fecha de producción de este documento el año 1962, ya que en algunos de sus puntos hace referencia a la crisis de los misiles de octubre de aquel año.

ticas las que algunas y algunos autores postularían sobre montoneros?<sup>12</sup> ¿Es posible que algunos trabajos historiográficos hayan reflejados solo las líneas estáticas, las estratégicas, y otros se hayan fosilizado estudiando tácticas que confundieron con estrategias? ¿Acaso ciertas líneas estáticas y permanentes de objetivos y metodologías, que valen como estratégicas, no pueden ir de la mano de otras flexibles por ser zigzagueos tácticos que demuestran dinamismo? Determinar estrategias o tácticas, tomando a la militancia montonera como un genérico único e inflexible, sin discriminar por orígenes, lugares dentro de la estructura e inclinaciones en el accionar militante ¿no es otro problema de abordaje historiográfico? ¿De quién se habla cuando se historia a Montoneros? ¿De quién se habla cuando se historia simplemente cualquier organización de este tipo?

Los objetivos políticos y militares de la dirección de Montoneros, tomando el conjunto de militantes estratégicos que la conducían, sus contenidos ideológicos, el enfrentamiento con Perón y el posterior aislamiento, han despertado interpretaciones divergentes y contrapuestas, incluso entre sus propios exmilitantes. Abundantes testimonios de exmontoneros y montoneras, muy posteriores a los hechos, afirman que existieron varios errores asociados a cambios políticos o ideológicos de los cuadros superiores de conducción, cometidos supuestamente desde mediados de 1973 e incluso hasta más allá del golpe de 1976, que condujeron al aislamiento y derrota de la organización. Si esos cambios no fueron ni ideológicos ni metodológicos, sino que fueron así visualizados al momento de ser instrumentados e historiados, pero fueron objetivos originales, podrían interpretarse como rigideces en lugar de dinamismo. Entonces, lo que se lee analíticamente como cambios estratégicos, se convierte simplemente en la instrumentación de objetivos iniciáticos en momentos determinados por la dirigencia que los planeó desde su origen. ¿Esto excluye cambios de tácticas coyunturales? Por supuesto que no.

Entre algunos de los supuestos cambios criticables que pueden hallarse en la bibliografía, están los de la praxis y los de la teoría de la organización, como

<sup>12</sup> Julieta Bartoletti se refiere de esta manera a las posturas que denomina “estáticas” de los trabajos de Richard Gillespie y de Silvia Sigal y Eliseo Verón. Julieta Bartoletti, *Montoneros, de la movilización a la organización* (Rosario: Laborde Editor, 2011), 9-10. En una misma línea de crítica a trabajos que sostienen supuestas líneas rígidas sobre la ideología montonera, postulando desconocer el dinamismo en los años de su existencia, se expresa Rocío Otero. Rocío Otero, “Montoneros y Perón ¿un diálogo de sordos? Apostillas sobre el socialismo nacional (1967/1972)”, *Nuevos Mundos Nuevos* (10 de diciembre de 2018). DOI: doi.org/10.4000/nuevomundo.73994.

ser la adopción del foquismo; una militarización extrema; plantearse como contradicción principal la generada con el imperialismo norteamericano; la utilización, en determinado momento, como herramienta de análisis del marxismo-leninismo; o el asesinato de Rucci, por mencionar algunos. Estos, y otros “errores” o “ingenuidades”, habrían provocado el enfrentamiento con Perón, previo a la derrota militar de Montoneros. Algunos trabajos sostienen o sugieren que dichos errores o cambios acaecieron por la fusión, en 1973, de Montoneros con las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).<sup>13</sup> Otros, cuestionan esta interpretación insistiendo que FAR no influyó en cambios significativos en Montoneros;<sup>14</sup> y existen también quienes, sin esbozar esa fusión como determinante ni como condicionante a Montoneros sino a las propias FAR, insisten en un cambio de paradigmas que condujo al mismo resultado.<sup>15</sup>

Hay autores que se enfocan en las supuestas contradicciones ideológicas y estratégicas originales de Montoneros, que finalmente desembocaron en una radicalización impensable en sus inicios y provocaron, en más o en menos, la enumeración anteriormente mencionada. Así, en el primer trabajo académico sobre Montoneros, realizado por Richard Gillespie, se sostiene que los militantes originales “no fueron, inicialmente, de ninguna manera revolucionarios. (...) su génesis obedecía más a la evolución interna del nacionalismo y del catolicismo argentino”.<sup>16</sup> El autor británico agrega que “La evolución interna del nacionalismo y del catolicismo fue, pues, decisiva en la radicalización y ‘peronización’ del núcleo original: los llamados protomontoneros”.<sup>17</sup> En esa supuesta radicalización y peronización, los montoneros habrían caído en un problema irresoluble: “debido a su relegación de la lucha de clases a un plano secundario y a su devoción por un líder que preconizaba la armonía de clases, puede decirse que los Montoneros eran todo lo izquierdistas que les permitía el peronismo, y viceversa”.<sup>18</sup>

<sup>13</sup> Cf. José Amorín, *Montoneros: La buena historia* (Buenos Aires: Catálogos, 2005), 215 y 279-286; Roberto Perdía, *La otra historia...*, *op. cit.*, 87 y 142; Eduardo Zamorano, *Peronistas Revolucionarios* (Buenos Aires: Distal, 2005), 207-209; Oscar Anzorena, *Tiempos de Violencia y Utopía* (Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998), 261.

<sup>14</sup> Juan Gasparini, *Montoneros. Final de cuentas* (Buenos Aires: Puntosur, 1988), 77-80.

<sup>15</sup> Carlos Flaskamp, *op. cit.*, 136-138.

<sup>16</sup> Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Los Montoneros* (Buenos Aires: Grijalbo, 1997), 74.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 87.

<sup>18</sup> *Ibid.*, 99.

Esa presumible incoherencia que dejaba a Montoneros a mitad de camino, ¿incluye todos los niveles de su orgánica? Podría adjudicarse a un problema de incoherencia estratégica y metodológica de sus cuadros directivos, pero también pensarlas como decisiones tácticas de presentarse como nacionalistas cercanos a la derecha para llevar adelante una estrategia coherentemente preestablecida de interpretar que el peronismo era la identidad imprescindible para ganar a las masas, por ser la de la mayoría de la clase obrera. Gillespie pareciera generalizar en estas definiciones. ¿Las direcciones de Montoneros tuvieron devoción por Perón? ¿Lo consideraron como su líder? Otro trabajo más reciente, en esa misma línea, plantea:

... a diferencia de los demás agrupamientos político-militares, Montoneros habría de conocer –por lo menos hasta 1974– una limitación insalvable: su política podía llegar hasta cierto punto; más allá no, puesto que ellos se consideraban parte del plan general de Perón y nunca habrían de librarse de esa trampa urdida por ellos mismos, que los obligaba a seguir una estrategia –casi siempre imaginaria– depositada en otro, fuera de ellos.<sup>19</sup>

Este autor agrega además, que los militantes originales de Montoneros eran “procedentes en su mayoría de la derecha antiperonista”,<sup>20</sup> desconociendo, aparente o convenientemente para cierta postura liberal de izquierda, los trabajos de Lucas Lanusse, que fueron un salto cualitativo de la historia de los inicios de Montoneros. Luis Donatello, por su parte, replica concretamente a Gillespie, e indirectamente los argumentos de Guerrero. El autor sostiene, entre otros puntos, el desconocimiento del primero sobre el encuadre católico y los cambios en los últimos años de Tacuara, como su desprendimiento por izquierda, el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT). Desconocimiento que también puede adjudicarse a Guerrero. Donatello remarca como un error considerar al grupo que secuestró al general Pedro E. Aramburu como el fundador y no como otro de los grupos de un conjunto de redes sociales de lo que denomina “Renovación Católica”. Donatello concede además, sobre los orígenes de esta militancia, la posibilidad del paso por Tacuara de algunos de los integrantes de esos grupos que culminarían en Montoneros, pero no como el origen general de los integrantes de las redes que enumera.<sup>21</sup>

<sup>19</sup> Alejandro Guerrero, *El Peronismo Armado. De la resistencia a Montoneros. De la Libertadora al exterminio* (Buenos Aires: Norma, 2009), 178.

<sup>20</sup> *Ibid.*

<sup>21</sup> Luis Donatello, *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto* (Buenos Aires: Manantial, 2011), 95-106.

Los grupos o redes cristianas que conformaron Montoneros fueron descritos en la propia construcción histórica realizada por sus integrantes, en uno de sus documentos estratégicos de la organización, el “Boletín N.º 1 de FAR y Montoneros”, en 1973.<sup>22</sup> También puede rastrearse su historia en un documento anterior, de 1972, escrito por montoneros originarios encarcelados, denominado como el “Documento Verde”, que generaría la primera disidencia: La Columna Sabino Navarro.<sup>23</sup> En ambos documentos, la historia de los grupos originales es coincidente con los trabajos de Lanusse y Donatello, tanto en el lugar geográfico de su desarrollo como en la pertenencia original de la militancia cristiana radicalizada por el Diálogo católico-marxista.

Es posible que la conducción de Montoneros nunca haya pensado a Perón como su conductor. Sin embargo, esto no fue evidente en sus documentos públicos, pero ¿fue así en los documentos dirigidos a su círculo inicial, 1966-1970, o en los internos producidos luego de 1970? Acaso la “devoción” o considerarse y aceptar ser parte de la estrategia de Perón, que Guerrero o el propio Gillespie creen encontrar en la generalización de sus análisis sobre Montoneros, ¿no podría ser el reconocimiento de Perón como líder del peronismo, pero no de ellos, en lugar de presuntas limitaciones propias, ideológicas o estratégicas? ¿Una interpretación diferente del peronismo, que pudo llevar a tácticas o estrategias equivocadas o no, encuadrada en las tesis de John William Cooke sobre una vanguardia revolucionaria identificada con el peronismo, que superaría dialécticamente al “mito de Perón”?<sup>24</sup>

Lucas Lanusse rebate la versión de Gillespie, haciendo un aporte historiográfico notable.<sup>25</sup> A este autor pareciera que no le quedan dudas del carácter revolucionario de muchos de los militantes originales que conformaron el cuadro superior de Montoneros. Amplía y profundiza, además, la génesis de esa militancia, ubicando su origen formativo en el cristianismo posconciliar

<sup>22</sup> “Montoneros y Fuerzas Armadas Revolucionarias. Documentos estratégicos. Boletín Interno N.º 1”, primera quincena de mayo de 1973, en *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, de Roberto Baschetti (La Plata: De la Campana, 1995), 571-572.

<sup>23</sup> Cf. “Documento Verde”, julio de 1972, en: “Crítica a Montoneros desde Montoneros. El documento de los Sabinos”, *Lucha Armada en la Argentina* 6 (mayo, junio y julio de 2006).

<sup>24</sup> John William Cooke, *La Revolución y el peronismo* (Buenos Aires: Ediciones ARP, 1968), 16-17. Véanse los análisis sobre el pensamiento de Cooke en el capítulo 2.

<sup>25</sup> Para ver todos los grupos originales que conformaron Montoneros y una aproximación a sus orígenes ideológicos, cf. Lucas Lanusse, *Montoneros, el mito de sus 12 fundadores* (Buenos Aires: Vergara, 2005), 95-188.

radicalizado por izquierda, producto del Diálogo católico-marxista. Lanusse realiza una clasificación sobre la mirada y posicionamiento que estos grupos de cristianos revolucionarios tenían sobre el peronismo, en tres variantes ancladas en su interpretación del pensamiento de esa militancia sobre el Movimiento y su Líder.

Los agrupa en: “movimientistas”, que veían el peronismo y a Perón como revolucionarios en su conjunto; los “tendencistas” revolucionarios, que se distinguían por sus “diferencias irreconciliables” con la dirigencia sindical tradicional y creían que Perón se volcaría donde fueran las masas, pensamiento que, como se verá, era parte de las tesis de Cooke para generar una tendencia interna mayoritaria para llevar al peronismo y a Perón ideológicamente a la izquierda; y los “alternativistas” que sostenían el carácter burgués de Perón y de los dirigentes sindicales, y argumentaban que el Movimiento Peronista, en tanto estructura, demoraba cualquier construcción de las condiciones subjetivas revolucionarias y proponían en cambio, la construcción política revolucionaria desde las bases obreras al margen de las estructuras partidarias. Eran la alternativa independiente de los trabajadores peronistas.<sup>26</sup>

Lanusse argumenta, cuando trata específicamente sobre los documentos de Montoneros, que entre los elaborados en 1970 y 1971 “se percibe con cierta frecuencia una posición cercana a los postulados movimientistas”. Es necesario aclarar que los documentos a los que alude Lanusse como de “postulados movimientistas” son las cartas intercambiadas con Perón, de febrero de 1971, comunicados y declaraciones públicas durante el secuestro de Aramburu, además de comunicados publicados antes de septiembre de 1971.<sup>27</sup> Sobre las explicaciones del autor de las características de los documentos elaborados por la conducción de Montoneros, dirigidos al público en general, es necesario advertir que tuvieron como destinatarios a los peronistas en particular, que eran la masa a la que se interpelaba como necesaria para lograr el socialismo nacional. Es decir que eran documentos públicos o dirigidos al corazón mismo del Movimiento.

En cambio, los documentos internos, “Montoneros. Línea político militar” de 1971 y “Memoria del año 1971”,<sup>28</sup> contienen, para el autor, conceptos estratégicos tendencistas. Es decir, el intento de hegemonizar desde adentro al Movimiento para llevarlo hacia una tendencia revolucionaria para la

<sup>26</sup> *Ibid.*, 252-256.

<sup>27</sup> *Ibid.*, 288-289.

<sup>28</sup> *Ibid.*, 268-269.

construcción nacional del socialismo. Por lo tanto, aunque el autor no lo manifieste, puede inferirse de sus escritos que en los documentos públicos de Montoneros primaban los conceptos que él denomina movimientistas, donde entiende que veían a Perón y el peronismo en su conjunto como revolucionarios; mientras que, en los documentos internos dirigidos a los cuadros estratégicos, la línea sería clasificada como tendencista. ¿Había entonces un doble mensaje? Uno, el movimientista, con discurso y simbología peronista, dirigido al pueblo en general asimilable al peronismo y otro, el tendencista, el de la patria socialista, dirigido a sus cuadros superiores. Lo que pareciera estar claro es que para las diferentes interpretaciones que hace Lanusse, el peronismo era siempre el sujeto político colectivo desde el cual se haría la revolución con una tendencia diferente o más profunda que en su versión original.

Lanusse opina que en el contenido de “Montoneros. Línea político militar” existen conceptos que plantean la necesidad de constituir una vanguardia y, como parte de su tarea, el encuadramiento revolucionario de las masas.<sup>29</sup> Concluye que “contra lo que sugieren algunas declaraciones y etiquetas iniciales, lo cierto es que al momento de diseñar estrategias se inclinaría [Montoneros] por intentar conformar una tendencia revolucionaria dentro del peronismo para hegemonizarlo desde adentro”.<sup>30</sup> Estas reinterpretaciones o miradas sobre la transformación del peronismo se verán específicamente en el capítulo 2, cuando se analiza el pensamiento de Cooke, a partir de las producciones de sus últimos años de vida, con la hipótesis de suponerlo como basamento teórico de muchas líneas conceptuales de quienes se conformaron como cuadros superiores de Montoneros.

Estas definiciones de Lucas Lanusse sobre los militantes encuadrados en las corrientes Movimientismo y Tendencismo encierran ciertas contradicciones. Aparecen cuando el autor coloca la Tendencia como otra variable disímil al Movimientismo y al Alternativismo, y no como la definición que abarcó, según sus propios actores, a todas las expresiones de la militancia revolucionaria identificada con el peronismo. Por lo tanto, sus definiciones pueden ser reformuladas, ya que difieren del lugar que le daba la propia militancia, sobre todo en referencia a la Tendencia. Las diferentes corrientes, Movimientismo y Alternativismo, fueron englobadas por la militancia como partes de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo, ya que por disímiles

<sup>29</sup> *Ibid.*, 259.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 258-259.

caminos pretendían construir, desde la identidad histórica peronista de la clase obrera, el cambio de las estructuras capitalistas por otras socialistas.

Se intentan focalizar aquí los contenidos conceptuales de esas denominaciones que suelen utilizarse de manera arbitraria como sinónimos entre sí. Las tres son utilizadas tanto en el campo académico como entre la exmilitancia; pero la tercera, La Tendencia, es la que se generalizó cuando las organizaciones armadas identificadas con el peronismo abarcaron ese espacio y, sobre todo, suele ser asociada con Montoneros, que hegemonizó ese sector. En este trabajo se considera, con el objetivo de alcanzar definiciones funcionales a la propia comprensión, que La Tendencia abarcó a las y los militantes que, valorando la historia política peronista de las masas, asumieron esa identidad política con la vocación de que aquellas dieran finalmente un salto dialéctico al socialismo. Ser las vanguardias que, desde el peronismo histórico del “pueblo”, abrieran el camino hacia una identidad revolucionaria socialista, partiendo de la idea de alcanzar el objetivo de la toma del poder en la Argentina, para suplantarlo por un sistema socialista con características nacionales. Esto incluye tanto la militancia que eligió el camino armado, como los que no lo hicieron, pero siempre desde una identidad peronista con el mismo objetivo socialista.

La militancia en La Tendencia no fue homogénea. La primera oleada de militantes, los que asumieron la identidad peronista tempranamente, como se verá en el capítulo 3 con el dispositivo político de *Cristianismo y Revolución*, se dieron la tarea de resignificar símbolos y emblemas del peronismo histórico, que mucha militancia que se fue sumando más tarde asumió como verdaderos, haciéndolos propios. Lo que no implica que la oleada original creyera necesariamente en esa construcción de sentidos de manera literal. Un claro ejemplo es el caso de la leyenda de las milicias obreras de Evita, o una cierta independencia política de ella respecto de Perón, que la hacía más radicalizada y proletaria.<sup>31</sup> La militancia que se inclinó por la vía armada lo hizo en organizaciones que llamaron político-militares y muchas de ellas expresaron en la práctica su autodefinición. Hicieron política y también acciones guerrilleras. Adoptaron el marxismo, muchas veces mediado por autoras u autores cristianos, como herramienta de análisis en su dialéctica de lucha de clases; utilizaron la metodología y el objetivo estratégico de alcanzar

<sup>31</sup> Rocío Otero, *Montoneros y la memoria del peronismo* (Buenos Aires: Prometeo, 2019), 84-89.

la guerra revolucionaria sin discriminar claramente, en este último caso, entre insurreccionalismo, guerra popular y prolongada, u otras combinaciones.

La identidad política peronista estaba dada en reconocer y valorar el peronismo como la experiencia histórica, política y social de la clase obrera argentina o de los explotados en general, que en algunos casos denominaron unívocamente como “el Pueblo”. El peronismo era un piso de conciencia de clases, antiimperialista, que presumían transicional, en su recorrido al salto dialéctico que debía darse con la transformación revolucionaria y socialista de las masas. Así, no solo los cuadros estratégicos de Montoneros, que, por nivel jerárquico de acceso a la información, discusión y compromiso, hay que diferenciar de muchos militantes de sus frentes de masas, pueden ser considerados como La Tendencia Revolucionaria del Peronismo. También se consideran aquí a las y los militantes de las Fuerza Armadas Revolucionarias (FAR); el grupo de Cooke, Acción Revolucionaria Peronista (ARP); Descamisados; Fuerzas Armadas Peronistas (FAP); el Peronismo de Base (PB); la Columna Sabino Navarro, e incluso el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) que no desestimaba la violencia revolucionaria, y a todas y todos los militantes que partiendo de estas premisas hayan llevado adelante, aunque fuese por un tiempo, esta identidad, metodologías y objetivos. Sin embargo, podrían incorporarse a la Tendencia militantes que, con los mismos objetivos socialistas, no practicaron la lucha armada como metodología, aunque en muchos casos tampoco la repudiaran.

Dentro del espacio de la Tendencia se incluyen los conceptos de movimientismo y alternativismo como diferentes expresiones del mismo campo militante. El Movimientismo, según el criterio que se establece en este trabajo, englobaba a la militancia que consideró que se podía transformar al Peronismo, posicionándose como sus vanguardias, en un movimiento de liberación socialista, incluyéndose en sus diferentes estructuras, aceptando transitoriamente el policlasismo del Movimiento y afirmando una lealtad a Perón que no aparece como tal en sus documentos internos, ni en mucha de su práctica política. Esta militancia movimientista tenía conducción propia y proyectos que, en última instancia, eran diferentes a los del líder justicialista.

Una vez en las estructuras del Movimiento y conduciéndolo, hipótesis vista como un atajo, llevarían al peronismo a su tendencia socialista. Para estos sectores, lo mismo que para los Alternativistas, Perón tenía serias limitaciones teóricas que trasladaba al peronismo, pero pensaban que el General

se inclinaría hacia donde la vanguardia volcara a las masas. Para ellos y ellas, uno de los enemigos internos a vencer para lograr los objetivos estratégicos revolucionarios era la “burocracia sindical”. Enemigo común a toda la Tendencia. La concepción vanguardista primó en esta corriente, aunque teóricamente postulasen que la práctica con las masas retroalimentaría a la vanguardia, ya que no dejaban de considerarse a ellos mismos como el eje de la revolución. La militancia estratégica de Montoneros fue la expresión mayor de este sector.

Los Alternativistas plateaban realizar el salto dialéctico de la clase obrera peronista al socialismo, desde las bases y no desde las estructuras del Movimiento Peronista. Además de plantear un abierto cuestionamiento a esas estructuras y sin ninguna intención de formar parte de ellas; criticaban abiertamente el posicionamiento de Perón dentro del sistema y repudiaron las elecciones de 1973. La idea de los Alternativistas era la de construir una “alternativa independiente para la clase obrera”, cuestionando abiertamente el policlasismo del peronismo. La lucha de clases, desde la identidad histórica del proletariado, buscaba, al igual que los Movimientistas, modificar el sistema capitalista que aceptaba el viejo líder, pero cuestionaban en el pasado y en el presente su conducción, tanto hacia adentro como hacia afuera, sin la supuesta y declamada lealtad a Perón. Los obreros construirían su propia vanguardia apropiándose de la teoría que le alcanzaba la militancia revolucionaria. En este sector de la Tendencia se pueden ubicar el Peronismo de Base (PB); las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), del sector de Los Iluminados; la Columna Sabino Navarro,<sup>32</sup> y en menor medida el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP).

No obstante, hay que aclarar que, en determinado momento de la discusión interna de una disidencia en Montoneros, la de la Juventud Peronista Lealtad, en 1974, los cuadros estratégicos de Montoneros denominaron como Movimientistas a aquellos militantes que, a su entender, aceptaban la conducción de Perón sin cuestionamiento alguno. Sin embargo, y paradójicamente, para los Alternativistas, Montoneros era Movimientista sin hacer las distinciones sobre la JP Lealtad, ya que su práctica política era adentro de las estructuras del Movimiento Peronista.

En cuanto a la posibilidad de definir a la Tendencia Revolucionaria del peronismo en sus diferentes encuadres, como Peronismo Revolucionario,

<sup>32</sup> Cf. Luciana Seminara, *Bajo la sombra del ombú. Montoneros Sabino Navarro, historia de una disidencia* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2015).

la tarea se torna un poco más compleja. El peronismo fue visto como revolucionario para un amplio sector de los seguidores consustanciados con el primer peronismo, formados por las políticas llevadas adelante entre 1943 y 1955 y en los libros de Perón. El propio líder calificaba los cambios generados en ese período como la “Revolución Justicialista”. Para aquellos, el peronismo era revolucionario en sí mismo, sin aditamentos de teorías ajenas a él, y se asentaba en los cambios sociales y económicos de sus gobiernos y en la declamada armonía de clases propuesta por Perón. Aún, cuando muchas de las acciones políticas del líder parecen haber exacerbado lo que manifestaba querer evitar: la lucha de clases. Es por esto que cuando se habla de Peronismo Revolucionario, la definición puede ser adoptada también por peronistas que sostenían el aspecto histórico del peronismo y aceptaban como revolucionario al propio Perón, en la experiencia de la gestación del movimiento y de sus dos gobiernos.

Esos aspectos estaban dados por lo que consideran sus acciones en el gobierno, como la organización y transferencia de poder a la clase obrera, cuyo objetivo era la Comunidad Organizada. El denominado Justicialismo se consideraba, como nueva expresión doctrinaria, tan alejado del individualismo intrínseco del liberalismo capitalista, como de la eliminación de la realización del individuo del colectivismo comunista. No era un punto medio, sino que lo interpretaban como una posición diferente a ambos sistemas ideológicos, y que en última instancia constaba en la realización individual en un marco solidario con la comunidad. Sin embargo, los sectores que pugnarón por transformar el peronismo para alcanzar el objetivo socialista a través de una revolución armada terminaron apropiándose y resignificando el contenido del término revolucionario, eclipsando hasta la propia definición de Perón, sobre el contenido del Justicialismo. Pocos y pocas dudan del contenido de la expresión Peronismo Revolucionario, cuando se lo menciona. Y no es el que Perón le daba.

El General, en los sesenta, comenzó a utilizar públicamente, tanto en cartas como en declaraciones, la denominación de “socialismo nacional” como sinónimo de peronismo. Basta leer las explicaciones políticas de lo que Perón llamaba de esa manera, para comprender que lo que él explicaba como socialismo nacional eran gobiernos o ideologías que entendía como propias y originales de determinadas naciones, por ello nacionales, y alejadas, a su entender, tanto del imperialismo estadounidense o sajón, como del supuesto imperialismo soviético. Estaban situados, a su entender, en

una tercera posición como la del Justicialismo. Así, el nacionalsocialismo alemán y el comunismo chino, alcanzaban, para él, la misma categoría de socialismo nacional.<sup>33</sup> Hay entonces, como mínimo, dos interpretaciones del peronismo como revolucionario que pueden ser reivindicadas desde veredas casi antagónicas hacia el futuro, pero que parecen coincidir en el pasado.

Estas observaciones tienden a que en este trabajo la definición de militancia revolucionaria identificada con el peronismo se acerque a la de Tendencia. Era la que tenía un objetivo socialista, que se concretaría con la toma del poder mediante la lucha armada, alejado de la propia interpretación de Perón sobre el Movimiento nacido con sus políticas; pero respetando y asumiendo la identidad histórica de la clase obrera como propia. Esta definición de la militancia revolucionaria identificada con el peronismo no inhabilita el peronismo de esta militancia, lo que no pretende ser un juego de palabras. La militancia que adoptó el peronismo como identidad política lo consideraba como expresión del mayor grado de conciencia antiimperialista y de clases alcanzado por las masas, que era valorable como experiencia histórica y he allí su peronismo. Era una interpretación que contenía una visión política e ideológica diferente del camino futuro del peronismo, pero que lo contenía. Se sentían parte de lo que evaluaban era la lucha por completar la evolución histórica de ese Movimiento.

Esta fue la valoración de la conducción de Montoneros y de la militancia estratégica respecto al Movimiento Peronista, que los llevó a trabajar políticamente en todos los frentes, incluyendo las estructuras del peronismo, para volcarlo al socialismo, además de la lucha armada que fue su eje estratégico central. Era la conceptualización de Perón, del cual también abrevaban,

<sup>33</sup> En 1968, Perón, en uno de sus libros publicado ese año, se refería al surgimiento de la Revolución Justicialista. La reivindica, como hará siempre, y la considera nacida el 4 de junio de 1943, al calor de la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Allí califica como socialismo nacional las experiencias políticas de Italia y Alemania que fueron derrotadas en aquella guerra: “Desaparecería así toda posibilidad momentánea de un socialismo nacional y no quedaba, en consecuencia, como tendencias ideológicas, sino el capitalismo y el comunismo. La fuerza que había aplastado al socialismo nacional naciente en Europa de preguerra, no había podido sin embargo impedir que otros socialismos nacionales surgieran en el mundo, impuestos por una evolución indetenible y es así que, dentro del esquema de entonces, surge la “tercera posición” tan distante de uno como de otro imperialismo”. En el mismo texto califica los procesos de descolonización de los países africanos y asiáticos también como socialismo nacional (Juan Domingo Perón, *La hora de los pueblos* (Buenos Aires: Editorial Norte, 1968), 174). En otro apartado enfatiza con la misma caracterización de socialismo nacional el proceso de la China de Mao (*ibid.*, 155).

sobre la guerra integral, en todos los frentes y estructuras, pero en clave de proyecto socialista y guerra revolucionaria.

Esta política de integrarse en las estructuras del Movimiento la implementaron, al menos, entre 1972, año en el que se avizoraba una posible salida electoral de la dictadura, hasta el año de 1975, cuando fundaron el Partido Peronista Auténtico y el Ejército Montonero, corriéndose del Movimiento Peronista que creyeron agotado. La creación del Movimiento Peronista Montonero, en 1976, implicó concretar un deseo muy alejado de la realidad, el de reemplazar el Movimiento Peronista.

Pretender ser la vanguardia del Movimiento Peronista, llevar la teoría a las masas, en la línea argumental tendencista, exponiendo desde el inicio las diferencias conceptuales y de proyecto con Perón, no aparece como el camino estratégico que estos militantes creyeron posible para crecer dentro del Movimiento y luego en las estructuras del Peronismo. Los alternativistas, que seguían una línea clasista y por fuera de las estructuras del Movimiento, no crecieron como lo hizo Montoneros. Los que eligieron la lucha revolucionaria en pos del socialismo, sin Perón ni el peronismo, como el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), no tuvieron estas estrategias, sino otras. Su estrategia fue desperonizar la clase revolucionaria *per se*: el proletariado. Descontaminarla del “anestésico” que había sido el peronismo para la lucha de clases. Caminos distintos con objetivos comunes.

Sobre los posicionamientos de algunos de los montoneros originales, Lucas Lanusse, basándose en los testimonios de Ignacio Vélez Carreras y Juan Manuel Abal Medina, afirma que la postura de Fernando Abal Medina y Emilio Maza era movimientista, en el sentido de valorar a Perón como su líder. Ellos fueron los jefes de las células de los Comandos Camilo Torres de Buenos Aires y Córdoba, primera organización político-militar de estos jóvenes.<sup>34</sup> No obstante, un movimientismo que los llevaba a aceptar el liderazgo de Perón, donde suponían “que a través de la creación de un Ejército Peronista lograrían el regreso del líder al país y al poder era posible”.<sup>35</sup> Según esta descripción del movimientismo de estos militantes, se deduce que deberían haber pensado en Perón como su líder y que se convertiría en, o que ya era, socialista. Algo totalmente contradictorio con lo que el propio

<sup>34</sup> Véase, “Camilo Torres” en el capítulo 3.

<sup>35</sup> Lucas Lanusse, *op. cit.*, 166.

autor desglosa en preguntas sobre la identidad y objetivos de estos cuadros originales de Montoneros.<sup>36</sup>

Por otra parte, si Fernando Abal Medina y Emilio Maza aceptaban a Perón como su líder y luchaban por su retorno, ¿por qué eligieron secuestrar y asesinar a Aramburu que, según testimonios de la época e incluso como sugiere el análisis de los propios Montoneros en su correspondencia con Perón, estaba intentando el aval del líder del peronismo para una salida política?<sup>37</sup> Si su supuesto líder estaba en contacto con Aramburu, para una apertura que incluyera al peronismo, no parece que cerrarle esa puerta a la estrategia de Perón fuese la mejor manera de aceptar su liderazgo. Habría que evaluar si el retorno de Perón, medido en términos de la política revolucionaria, era una ventaja o un problema para esta militancia de Montoneros. Si llegara a darse ese retorno, aunque fuese mediante una negociación con el general Alejandro Agustín Lanusse y su gobierno, la vanguardia montonera, ¿podía cederles los méritos de ese logro a un pacto de Perón con el poder? Finalmente, su regreso, que incluyó acuerdos con Lanusse ¿fue una consecuencia del accionar de las organizaciones guerrilleras?

Las hipótesis que se abrían ante la política del Gran Acuerdo Nacional (GAN) del general Alejandro Lanusse, que manejaban los cuadros directrices de Montoneros, eran varias. Una era la posibilidad de que se levantara la proscripción del peronismo y le permitieran competir electoralmente. Si esto sucedía, se abrían dos nuevas hipótesis referenciadas en el pasado y que confirmaban lo contradictorio del peronismo y el “régimen”. Una era que, ante un triunfo en las urnas, no se le permitiera asumir. Esto contaba con el antecedente de la anulación de las elecciones de 1962. La otra, si el peronismo asumía el poder, era la de un golpe de estado como reacción de los sectores dominantes y de las FF. AA. tal como había pasado en 1955.

Los jóvenes revolucionarios que secuestraron al general Pedro Eugenio Aramburu podrían tener menos formación ideológica inicial que otros grupos guerrilleros contemporáneos en gestación. Ese es un tema abierto al debate, pero mucho hay que profundizar sobre la posible confusión en sus objetivos estratégicos iniciales y los medios para alcanzarlos. Gran parte de la población contemporánea a su accionar, incluidos, aparentemente, algunos

<sup>36</sup> *Ibid.*, 268-272.

<sup>37</sup> Robert Potash, *El Ejército y la Política en la Argentina, 1962-1973* (Buenos Aires: Vergara, 1994), 123-125. Correspondencia de Montoneros a Perón, 9 de febrero de 1971, en Roberto Baschetti, *op. cit.*, 123-132.

servicios de inteligencia del Estado, y posteriores trabajos historiográficos, han concedido crédito a esas supuestas condiciones de derechas nacionalistas o de un nacionalismo alejado de la lucha de clases, como se vio en Gillespie, Guerrero u otros autores: es decir, sin el objetivo de la construcción de un socialismo con características nacionales.<sup>38</sup>

Por el contrario, si los pequeños grupos relacionados, que luego confluían en Montoneros, hubiesen tenido claras sus líneas estratégicas desde sus orígenes, y la confusión aparente vista por actores políticos contemporáneos hubiese sido el resultado de sus diversas tácticas coyunturales, podría mencionarse como un mérito haber generado confusiones sobre sus objetivos, en su esfuerzo por asimilarse al peronismo, cuando emprendieron la lucha armada con un propósito que distaba del peronismo histórico y, consecuentemente, del propio Perón. La declarada lealtad a Perón, de la que Montoneros se consideró en determinado momento único baluarte, señalando a todos los demás exponentes del Movimiento Peronista que no coincidieran con su línea político-militar como traidores, puede considerarse también como un elemento confuso, tanto en aquel presente como aún a la distancia de los años.

¿Cuál era el criterio de considerarse leales y a sus oponentes internos calificarlos de traidores o de burócratas? Las explicaciones de los cuadros de conducción en sus declaraciones en los momentos de tensión con Perón, sobre su calidad de leales al líder, contenían un razonamiento que asociaba la lealtad con un disenso profundo con el conductor del peronismo. Ellos decían ser leales al pueblo peronista, pero en realidad lo eran a su propia ideología y estrategia que consideraban al servicio de liberar al pueblo. Muchas de las concepciones de Montoneros sobre la lealtad tenían línea directa con lo que Cooke le explicaba al propio Perón, como veremos en el capítulo dedicado al teórico más destacado de la Tendencia.

La investigación se inicia con un capítulo que intenta mostrar el marco internacional y local con el que estos jóvenes comenzaron a pensar en la lucha armada revolucionaria para cambiar las estructuras socioeconómicas del capitalismo local. Ese capítulo incorpora la mirada de algunos militares y sus hipótesis para el caso de una guerra revolucionaria en la Argentina. También se intenta recrear el momento político que le permitió pensar o

<sup>38</sup> Richard Gillespie, *op. cit.*, 74, 87 y 99; Gustavo Plis-Sterenber, *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina* (Buenos Aires: Booket, 2011), 102-103; Daniel de Santis, *Entre Tupas y perros* (Buenos Aires: Ediciones Razón y Revolución, 2009), 69.

asumir a estos y estas militantes identificados con el peronismo que la lucha armada tenía factibilidad de triunfo en Argentina. La posibilidad de que los problemas primero y segundo que avizoraban las FF. AA., el peronismo y el socialismo revolucionario o fidelismo en términos de los propios militares, tuvieran factibilidad de unificarse, de allí el golpe de 1966, fue, contradictoriamente, otro de los tantos logros de los sectores representados por las FF. AA. y los sectores civiles de ese gobierno. Así, pensando que lo evitarían con la nueva asonada militar que denominaron Revolución Argentina, otorgaron el marco necesario para el crecimiento de la guerrilla, algo que le permitirá progresar a la militancia revolucionaria contrariamente a lo que no se había logrado con anterioridad, en diversos intentos organizativos que resultaron de momento fracasados.

El segundo capítulo está centrado en el pensamiento y la praxis propuesta por John William Cooke, porque una de las hipótesis a demostrar es si sus tesis, sus lineamientos tácticos y estratégicos, fueron centrales como un puente en la transformación de los jóvenes cristianos radicalizados en revolucionarios con identidad política peronista. Es posible preguntarse por qué puede plantearse que fue Cooke, y no otros intelectuales que esbozaron el socialismo nacional, la principal o inicial lectura para la guía estratégica de estos jóvenes. Se tratará de responder a este interrogante. Bucear en las ideas de Cooke del salto dialéctico de las masas y de la revolución socialista a construir que podrían haber influido en toda la militancia de la llamada Tendencia Revolucionaria del Peronismo es una de las cuestiones centrales de este trabajo. Los jóvenes revolucionarios que interpretaron que el peronismo era el camino, si asumieron la interpretación de Cooke, tenían entonces el lugar desde donde comenzar su camino de vanguardia. Faltaba el momento. El peronismo sería el agua, parafraseando a Mao, en la que se moverían como peces, en un contexto de dictadura militar, que generaba el océano revolucionario.

El capítulo siguiente está dedicado a los orígenes de la primera organización político-militar del Grupo Fundador y parte del Grupo Córdoba, los Comandos Camilo Torres. Este comando se inició girando alrededor de la revista *Cristianismo y Revolución*, cuyo director, Juan García Elorrio, fue el primer conductor del grupo en un dispositivo político e ideológico que excedía a la revista y que, a su vez, los contenía. Este capítulo es más un trabajo de análisis bibliográfico y de testimonios de militantes brindados a varios autores. En él, repasando lo escrito sobre la revista y lo plasmado en

sus artículos, se buscan indicios del momento en que parte del grupo de ese dispositivo tomó la decisión de lanzarse a la lucha armada y la adopción de la identidad peronista, pero replanteando algunas hipótesis ya escritas. ¿El comienzo de sus planes, fue anterior o posterior al golpe de 1966? No todos los militantes o colaboradores de *Cristianismo y Revolución* asumieron la lucha armada. Aunque casi todos ellos adoptaron una identidad peronista desde donde plantarse políticamente.

A partir del capítulo cuatro, este trabajo se centra en los documentos producidos por esta militancia que fue conducción nacional o intermedia dentro de la orgánica de Montoneros. No obstante, hay textos anteriores a la aparición de la Organización, con el secuestro del 29 de mayo de 1970 del general Aramburu, elaborados por los pequeños grupos que confluyeron en redes más amplias de cristianos radicalizados de pensamiento similar y que formarían Montoneros. Entre esos documentos protomontoneros, el primero es de 1966, hasta llegar a los últimos producidos antes del golpe de estado del 24 de marzo de 1976, existió un largo recorrido en el que las diferentes coyunturas fueron leídas con disímil éxito por estas y estos militantes. El objetivo es, como ya se ha escrito líneas arriba, intentar comprender si sus lineamientos estratégicos iniciales y algunas de sus tácticas para llevar adelante la revolución socialista en Argentina tuvieron continuidades hasta el fatídico inicio de la dictadura en 1976.

Las posibles diferencias en las menciones de conceptos intrínsecos y constitutivos de esta militancia montonera, entre los comunicados y los documentos internos o dirigidos a un público específico reducido y los que buscaron ser masivos, se analizan a partir del capítulo cuarto y hasta el final del libro. La lógica cronológica y su resultado en los diferentes capítulos, a partir del capítulo 5 y en los siguientes se analiza prácticamente año por año, pueden considerarse como derivación también de etapas que representan coyunturas políticas diferentes, que justifican para este autor, haberlos dividido de esa manera. El capítulo quinto abarca el año 1970, en el que, además de la coyuntura, se realiza el estudio de los comunicados del secuestro de Aramburu, junto a otros de acciones “militares” de ese mismo año, y un documento de la Organización publicado en *Cristianismo y Revolución*. El capítulo sexto recorre los años 1971 y 1972. En este capítulo se analiza el primero de los documentos estratégicos, producto de los diversos grupos que se dieron la primera conducción colegiada y unificada hacia mediados

o fines de 1971. También se estudia un reportaje publicado en *Cristianismo y Revolución* titulado: “Hablan Los Montoneros”.

El capítulo séptimo abarca, además de la riquísima y cambiante coyuntura política de ese año, los documentos estratégicos de 1973, que fueron varios. El primero es una propuesta de los cuadros de origen cristiano, el Boletín N.º 1, a los militantes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), para concretar el primer documento estratégico de las organizaciones ya fusionadas. Se incluye, además, la respuesta de la militancia de FAR como aporte a ese Boletín N.º 1 de la conducción unificada. El tercero es la “Charla de la conducción ante las agrupaciones de los frentes de Masas”, convertida luego en el Boletín N.º 2. Existió un contexto muy diferente entre los primeros y los últimos meses de 1973. Entre la producción “Boletín N.º 1”, puesto en discusión en mayo, y la “Charla de la Conducción ante las agrupaciones de los frentes” de fines de ese año, se encuentra una actividad de Perón que ha variado de, aparentemente, contener a la Organización a hostigar abiertamente a sus dirigentes; sumado el asesinato de José Ignacio Rucci y la respuesta inmediata de Perón con las Directivas (no) Reservadas. El protagonismo de José López Rega, convertido por los propios Montoneros en el “brujo” e instrumentador del también inventado “cerco” a Perón, se vio reflejado en ese último documento.

El capítulo 8 muestra la agudización de la estigmatización de Perón a la dirigencia montonera y un cambio de escenario y de protagonistas políticos producto del deceso del viejo líder, con el peso y la centralidad que este tenía, por otros de un valor político que disminuía, aparentemente, la legitimidad del gobierno. Lo que abrió nuevas expectativas en las guerrillas, pero sobre todo por la militancia de conducción de Montoneros, que decidieron el paso a la clandestinidad de la Organización en el mes de septiembre. El año 1974 aparece con la profundización de los cambios en el análisis de los hechos políticos concretos por parte de los conductores de Montoneros. Es un cambio determinado por la política de cerco y aniquilamiento por parte del gobierno, primero con leyes represivas y luego con la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) y de las fuerzas de seguridad del gobierno de Estela Martínez que avanza en los hechos mucho más allá de lo iniciado por Perón. El capítulo noveno, recorre el año 1975, hasta marzo de 1976. En él, se analizan un documento del que no ha sido posible establecer su circulación, más allá de la CN y la comisión que lo redactó, y otros que se difundieron internamente. Por último, las conclusiones posibles.